

MIGUEL DE UNAMUNO

Y

ANGEL GANIVET

EL PORVENIR
DE ESPAÑA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
PONTEJOS, 3.
1912

100808

34121



PA 6639
.73
A16
1912

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Establecimiento tipográfico editorial. - Pontejos, 3.

A raíz del desastre, dos pensadores de la talla de Angel Ganivet y Miguel de Unamuno, escribieron los capítulos que integran este libro trazando un camino ideal por el que España pudiera llegar á la cicatrización de la herida profunda que acababan de inferirle sus propios errores.

Han pasado desde entonces catorce años y los problemas que en estas páginas se tratan permanecen en igual situación que aquellos días; durante periodo tan largo el país ha dormido; por eso reproducimos esta voz que quiso despertarle.

Se habla aquí de la guerra, de la conquista de África, del socialismo, de los partidos políticos, de la enseñanza, del problema económico, de la religión, de todo, en fin, lo que sigue inquietando á la nación, de todo lo que continúa y continuará siendo de transcendental y cálida actualidad.

Muerto Ganivet, estas son sus últimas palabras sobre el porvenir de España, y si es cierto que el espíritu y el pensamiento del insigne Unamuno han podido evolucionar en parte, no lo es menos que el país sigue padeciendo de los mismos males, y que, por tanto, los remedios, no fracasados, guardan aún toda su eficacia. Por eso se publica este libro.

LOS EDITORES.

ACLARACIONES PREVIAS

Conoci á Angel Ganivet en la primavera de 1891 hallándonos ambos en Madrid con el fin de hacer oposiciones á cátedras de griego, yo á esta de Salamanca que profeso, y él á una de Granada. El Tribunal, presidido por mi venerado Maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, era el mismo para las dos oposiciones, pero los ejercicios eran distintos; primero, los de la cátedra de Salamanca, y después, los de Granada. Ganivet asistió á mis ejercicios todos y yo á los suyos, y todos los días de aquellos alegres y claros de Mayo y Junio, nos reuníamos después de almorzar en el café, y después de

haber concluido los ejercicios, á media tarde, nos íbamos á tomar sendos helados—de que, como yo, era goloso—á una horchatería de la Carrera de San Jerónimo y desde allí al Retiro.

Tenía yo entonces veintisiete años aún no cumplidos y era Ganivet algo más que un año más joven que yo. El por aquel tiempo hablaba mucho menos que me han dicho hablaba después, y yo hablaba tanto ó más, que he seguido hablando, y era yo, por lo tanto, quien de ordinario llevaba la palabra. Pero sus observaciones é interrupciones eran agudas y sutiles, aunque creo recordar que no siempre congruentes. De lo que más hago memoria es de las cosas que de los gitanos de Granada me contaba, y él escribió más tarde, recordar unas ranas algo antropomórficas que solía dibujar yo en la mesa del café, pues por aquel tiempo me entró el capricho, sugerido por un dibujo japonés, de ilustrar la Batrac-

miomaquía, para lo que me había provisto de ranas, á las que con una especie de potro, colocaba en posturas humanas, tomando luego apuntes del natural de ellas.

Después de una compañía cotidiana de más de mes y medio, reuniéndonos y conversando día á día, Ganivet y yo nos separamos, yo para venir á mi cátedra de Salamanca, y él, pues no le dieron la de Granada, que se llevó D. José Alemany, muy excelente heleenista hoy, para ir á vivir la vida de Pío Cid y á prepararse á oposiciones al Cuerpo consular. Y pasó el tiempo, y yo, justo es decirlo, llegué casi á olvidar á aquel granadino parco en palabras que durante mes y medio me sirvió á diario de ¡oh, amado Teótimol para ejercer mi instinto de charla.

Algunos años después de esto, hacia 1896, hallándose en ésta de Cate drático de Derecho civil mi muy querido amigo el granadino D. José María

Segura, uno de los hombres más simpáticos y de los conversadores más amenos é ingeniosos que he conocido, me dijo si no me acordaba de un cierto Angel Ganivet á quien en Madrid había conocido y me dió unas correspondencias escritas por éste desde Gante á *El Defensor de Granada*. Las leí y me encontré con otro hombre que el que en nuestras conversaciones se me había mostrado. Le escribí, me contestó y trabamos una nueva relación, ésta epistolar, que no se interrumpió hasta pocos días antes de su misteriosa y tal vez trágica muerte en que me escribió su última carta de nuestra correspondencia, una carta desolada y trágica. Porque yo no sé bien lo que escribiría á otros, pero en las cartas que á mí me escribió, el trágico problema de ultratumba palpitaba siempre.

De ésta nuestra correspondencia, que duró dos años, nació la idea de cambiar cartas abiertas y públicas en

El Defensor de Granada en que expusiéramos los dos nuestros respectivos puntos de vista por entonces referentes al porvenir de España, objeto primordial de la preocupación suya y de la mía.

Tal es el origen de estos escritos que hoy publica la "Biblioteca Renacimiento".

Como han pasado cerca de catorce años desde que estas cartas abiertas se publicaron y en estos años he cambiado no poco en mi manera de ver y apreciar nuestras cosas yo, por mi parte, habría condenado á no ser jamás reeditada la parte que en este volumen me corresponde, y si he accedido á ello, es sólo para que así resulte más claro y más justificado lo de Ganivet que á lo mío se refiere como lo mío á lo suyo. Quiero, pues, hacer constar que sólo como antecedente ó más bien concomitante de una obra de Ganivet dejó que se publique mi parte.

Ni es cosa tampoco, me parece, de que me ponga ahora aquí á señalar aquellos puntos en que ratificaría y aquellos otros en que rectificaría ó refutaría hoy mis opiniones de entonces. La conducta de todo hombre que de veras vive y no es esclavo de una embrutecedora y tiránica consecuencia, es una continuación, ratificación y rectificación de su pasado. Y en un escritor basta seguirle. Además, no tengo ahora á la vista el material de este volumen y ni recuerdo tampoco lo que escribí entonces.

Aunque aquí trato de Ganivet he de tratar también, por fuerza, de mí mismo, y el lector ha de permitirme un desahogo, desahogo que dejo se achaque á ese egotismo que algunos me reprochan.

Es el caso que al hablar de Ganivet algunos le han llamado precursor, y de hecho todos somos precursores de los que nos siguen y continuadores de

los que nos preceden, pues la cadena humana no se rompe sino para los locos. Ahora, cuando al llamarle precursor se han referido, entre otros, en alguna ocasión á mí, tiene ello un sentido contra el que quiero protestar. Porque si se llama precursor al que muere antes que otro, como Ganivet murió hace más de trece años, y yo, por la gracia de Dios, aún vivo, claro es que me *precurrió* en la muerte; pero si se aplica al nacimiento natural, yo nací un año, tres meses y catorce días antes que él, y si al nacimiento espiritual, como publicistas, también empecé á escribir antes que él.

Cuando Ganivet publicó su *Idearium español*, hacía ya algún tiempo que había publicado yo en *La España Moderna*, en los números de los meses de Febrero á Junio de 1895, mis cinco ensayos *En torno al casticismo*, en los que se encuentran, en germen unas veces y otras desarrolladas, no pocas

ideas del *Idearium*. Lo que podría comprobar con las cartas mismas que Ganivet me escribió. Es decir, y lo digo redondamente y sin ambages, que si entre Ganivet y yo hubo influencia mutua fué mucha mayor la mía sobre él que la de él sobre mí.

Esto podrá parecer un pretexto para recriminaciones por carambola, y sobre un muerto venerando, que es peor, y de hecho lo es. Porque sí; de Ganivet, de aquel hombre todo pasión y lealtad, nada sino mucho bueno tengo que decir; pero ya estoy hartado de oír que niegan haberme conocido y conversado conmigo los que más me deben—aunque yo también les deba algo—y de ser víctima del robo con asesinato.

No me he dedicado nunca á administrador, con mayores ó menores emolumentos de administración, de la gloria ajena ni á exhibir las cartas de altos espíritus que á cambio de las

muchas que yo he escrito he recibido; pero guardo el culto de los hombres en uno ú otro sentido heroicos con los que he tenido la suerte de encontrarme alguna vez é ir un trecho del brazo por el camino de la vida. Y sé que si Ganivet resucitara aprobaría mi anterior desahogo.

Y hechas estas aclaraciones personales, demasiado personales, en exceso humanas acaso, aquí quedan al lector las cartas abiertas de Ganivet y mías, debiendo repetirle una vez más que por lo que hace á éstas, á las mías, quedan invalidadas por cuanto después he escrito sobre los mismos temas y que hoy por hoy sólo en parte respondo de ellas. Aunque en rigor un escrito una vez publicado no es ya del autor, sino de todo el que lo lea, y habrá de seguro quien se encuentre más de acuerdo con lo que escribí hace catorce años que con lo que escribo yo. Pero no seré éste yo, seguramente.

De lo que me felicito es de poder contribuir á que sea mejor conocido aquel hombre de pasión, de pasión más que de idea, aquel gran sentidor, sentidor más que pensador—lo mismo que Joaquín Costa, otro apasionado y sentidor—en esta tierra en que es pasión y sentimiento y entusiasmo más que ideas y doctrinas lo que falta.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Febrero 1912.

PRIMERA PARTE